CREATIVIDAD, ALTERIDAD Y LENGUAJE

Carlos Garatea Grau

Pontificia Universidad Católica del Perú

Resulta imposible medir los kilómetros de tinta gastados en alcanzar una explicación satisfactoria e integral del universo contenido en la palabra *creatividad*. Imaginar su extensión, no precisamente lineal, sino sujeta a contramarchas y cambios de sentido, nos hace extrañar la realidad de una figura que, como el Aleph, con apenas dos o tres centímetros, sea capaz de ofrecernos la multiplicidad de ideas presentes en la historia semántica de esa palabra y en la variedad de sus actuales usos. Como el Aleph es obra de ficción, mejor dicho, como existe gracias a la pluma y al ingenio de Borges, sólo puedo limitarme a ofrecer un rápido espiguelo entre los aspectos que justifican asumir a la creatividad como dimensión esencial en el hablar y, de esta manera, quisiera precisar su estatus en el funcionamiento del lenguaje.

Hay que empezar reconociendo que todo acto creativo y su producto son afirmaciones de la libertad. Su existencia implica la alternativa de no haber llegado a ser o de haber sido completamente diferente (Steiner 2001, 136-137). No es una alternativa simple, porque su solución está encarnada en una serie de procesos o ensayos que, a pesar de mantenerse ocultos en lo "dado", sostienen el resultado final y configuran

el tiempo en el que un individuo es llevado de la mano de su inteligencia, de su sensibilidad y de sus más íntimos propósitos expresivos. *La 5ta sinfonía* de Beethoven, los frescos de Rafael en el Vaticano y *El beso* de Rodin son creaciones magníficas cuya ejecución supuso un período de ajustes y acomodos, en el que se desechó mucho, hasta lograr esas obras que no nos cansamos de aplaudir ni de admirar. Vallejo ha dejado testimonio del proceso de limadura que acompañó la elaboración de varios de sus poemas. Y Gaudí, que interpela los límites de nuestra imaginación con la singular mixtura de formas y colores de la Sagrada Familia, nos ofrece las maquetas y los experimentos realizados durante el diseño de su inconclusa Catedral.

Toda creación es, por ello, expresión de la libertad y presencia de lo ausente, aquello que situado fuera de la obra admirada contribuye a definir su constitución y su singularidad. Podemos decir, entonces, que todas las construcciones humanas son combinatorias de lo preexistente: el más original de los compositores subvierte las convenciones heredadas de la historia de la música, el poeta trabaja con los medios lingüísticos consolidados en la historia de su lengua; el pintor más atrevido cita en sus pinceladas un pasado que trata de superar (cf. Steiner 2001, 119-120) y el hablante común elabora sus discursos mediante formas atesoradas y empleadas en infinitos actos de hablada anteriores y simultáneos.

En efecto, cuando hablamos debemos ceñirnos a un número determinado de reglas y signos sistematizados y asentados en la memoria de nuestra comunidad. Su función es servir como medio de comunicación. Para ser más preciso: todo acto de habla comunica, dice algo a alguien, las reglas y unidades que constituyen el sistema de la lengua en el que se apoyan nuestras actuaciones verbales existen sólo gracias a que son usadas y, porque son usadas, son parte de la lengua y de nuestro saber. La circularidad de este razonamiento no es banal, ni mera retórica académica. Ella nos coloca ante un hecho que compromete integralmente a nuestra realidad de

seres humanos. Vivimos en el mundo del lenguaje, como dijo Heidegger, pero también vivimos en los juegos del lenguaje, como afirmó Wittgenstein. Quiero decir: nuestra relación con el lenguaje es tan íntima y múltiple, que involucra nuestro universo vital casi en su totalidad, pero no a modo de algo que se nos impone y limita nuestras actuaciones al cumplimiento ciego y mecánico de reglas, sino, más bien, como algo que nos ofrece los medios para asegurar la mutua inteligibilidad, mediante infinitas combinaciones, dentro de las posibilidades que nos brinda el sistema de la lengua y que el hablante competente aprovecha según sus particulares necesidades expresivas. A ello alude Coseriu (1982) cuando afirma que el sistema de la lengua es sistema de posibilidades, de coordenadas que indican caminos cerrados y caminos abiertos; en otras palabras: exigencias funcionales y conjunto de libertades. Precisamente esas libertades son el ámbito de la creatividad en toda lengua y su evidencia sensible y concreta es el hablar. Gracias a ello es que podemos estructurar nuestros discursos, participar activamente en un diálogo, elaborar contenidos de acuerdo a nuestros propósitos y sentires; en suma, gracias a ello es que nos comunicamos. Vale esta idea para todo tipo de acto de habla, desde el más informal, como una conversación cara a cara entre amigos, hasta el más formal, como la exposición oral de los argumentos que sostienen un proyecto de ley. También vale, aunque deban incluirse consideraciones que contemplen las exigencias propias de los sistemas de escritura o aquellas que atañen a la estética, para los mundos de ficción que nos brinda la literatura.

La elaboración de una novela, un cuento o un poema tiene como herramienta básica a la lengua, con todos sus signos y reglas, pero también a los límites y correspondencias que establecen la escritura y el tipo de texto. Sólo la creatividad del autor asegura el éxito o el fracaso de ese universo estructurado en signos lingüísticos. El Quijote es de palabras con palabras, como Pedro Páramo o Emma Bovary; la ternura y la nostalgia de *Eisenhower* y *la Tiqui-tiqui-tín* resultan de los sustantivos, los adjetivos y las oraciones elaboradas por el

autor; y el color con el que “en el pasadizo nebuloso/ cual mágico sueño de Estambul,/ su perfil presenta destelloso /la niña de la lámpara azul” puede ser admirado porque conocemos las unidades de lengua que lo describen. Pero nada de esto sería posible sin esa combinación inédita, ingeniosa, de signos, que creativamente hacen sus autores y que el lector recibe como una invitación para poner en marcha su competencia, su imaginación y su experiencia comunicativa.

Toda la gramática, con cada una de las funciones y características que la institucionalizan en una comunidad y sobre las que se apoyan todas nuestras expresiones verbales, es, pues, un sistema dinámico que heredamos y adquirimos del entorno pero que, a la vez, recreamos en nuestras actuaciones verbales y nos permite innovar, es decir, nos permite crear formas nuevas, locuciones, metáforas, impulsados por el interés de darle a nuestros discursos la expresividad necesaria para que su contenido sea lo más transparente posible y, por tanto, pueda ser aprehendido por el receptor. Es cierto que también puede ocultar u oscurecer el mensaje, forzando al receptor a un análisis más atento de las estructuras verbalizadas. Cualquiera sea el caso, esta interacción entre lo consabido y la novedad evidencia que la creatividad lingüística está asentada, por una parte, en unidades y reglas compartidas y, por otra, en esa cuota personal que ofrece cada individuo cuando decide decir algo a alguien. En la música, si se me permite el símil, sucede algo parecido: los intervalos y las pausas entre las unidades musicales –entre las notas, los acordes y los movimientos– son los que constituyen una organización musical (Steiner 2001, 137); y también en la pintura, cuando el artista, apoyado en la combinación de colores básicos y trazos de pincel, dentro de los límites del lienzo, ofrece figuras inéditas a nuestra vista. Tal vez esto explique la razón por la que no sentimos mayor inconveniente en extender el uso de la palabra *lenguaje* a lenguaje de la música o lenguaje de la pintura e incluso que seamos capaces de leer una partitura o un cuadro.

No hay, así, motivo para mantener una radical oposición entre conocimiento y actuación cuando nos situamos en el campo del lenguaje o en alguna otra práctica social (cf. Rastier 1997). Ambas dimensiones muestran su interdependencia en el hablar y constituyen la realidad del lenguaje, como un todo ciertamente complejo pero enraizado en la cognición de los hablantes y en sus experiencias al interior de sus respectivos espacios comunicativos. Es en este sentido que la memoria y la percepción aseguran la estabilidad necesaria para la eficiencia de los actos de habla, para la comprensión del contenido ofrecido mediante secuencias de sonidos y para encaminar nuestra participación en un diálogo. De ahí que el horizonte que resuelve la interpretación del sentido de un enunciado, oral o escrito, corresponda al modo en que los seres humanos, que son seres hablantes, habitan el mundo. “Lenguaje es advenimiento del ser mismo, que aclara y oculta”, escribió Heidegger (1947/2000, 31). En otras palabras, el lenguaje es una parte del mundo en el que vivimos, donde nuestros deseos, esperanzas y temores se encarnan en lo que somos y en nuestros vínculos con los demás. Por eso, adquirir una lengua no es sólo apropiarse de reglas y signos, como postulan ciertas corrientes endeudadas a un exagerado racionalismo o pregoneras de criterios lógico-matemáticos, sino también implica desarrollar una capacidad de adaptación a las condiciones que presentan los contextos en los que uno se desenvuelve. Que esto exige una permanente actividad interpretativa, no cabe la menor duda. Con la misma seguridad hay que decir que el lenguaje es un espacio en el que se enlazan individuo y entorno, lazo que robustece el hecho de que las normas lingüísticas –no la normativa– sean medios que articulan las relaciones sociales y la integración de los individuos en su comunidad.

Es verdad, entonces, que la experiencia lingüística de todo individuo es siempre una experiencia marcada por la presencia de otros hablantes. Este es un rasgo esencial, diría universal, de hablar una lengua. En efecto, toda actuación comunicativa, desde los balbuceos iniciales hasta los discursos

más elaborados, se enmarca en “el uno –a otro– sobre las cosas y las relaciones” postulado por Bühler (1934/1985) como extremos constitutivos y, por tanto, definidores de la existencia de cualquier lengua. Visto más de cerca: la lengua es uno de los medios que nos permite tomar conciencia de los otros, de la alteridad, y, simultáneamente, nos permite construir nuestra identidad, como individuos irrepetibles, únicos, y, claro, también como miembros de una comunidad (cf. Assmann/Friese 1999; Raible 1998). Hördelin dijo una vez que “somos una conversación y podemos oír unos de otros”. Tuvo razón. Porque la alteridad une y opone. Y es que el hablar, como actividad libre y creativa, se desarrolla sobre dos ejes de solidaridades: la solidaridad con la tradición, es decir, con los elementos comunes, lo vigente en el entorno, producto de la historia, y la solidaridad con el oyente, aquél otro que será destinatario de los enunciados y a quien se transmite un mensaje, un contenido encomendado a las palabras que el hablante considera apropiadas para el momento y sus propósitos expresivos. El simple ‘decir’ es para otro, por ello, el hablar es siempre comunicar (cf. Coseriu 1978, 77-78) y actividad creadora de lengua.

Como actividad, la comunicación exige un proceso reflexivo, tanto en el extremo del emisor como en el del receptor, reflexión que, respaldada en la percepción del otro y del contexto, actualiza modelos, experiencias comunicativas, modos de significar, estereotipos y todas aquellas variables que sostienen el tipo y la manera en que se elabora un discurso y su interpretación (cf. Oesterreicher 1979) Si bien todavía no conocemos completamente cómo se integran estos procesos, ni cómo son ejecutados por los individuos, motivos de sobra para enfatizar la necesidad de emprender investigaciones interdisciplinarias, sí sabemos que la actividad de hablar una lengua hecha mano de mucho más que reglas y operaciones, prácticamente de todo aquello que nos hace ser lo que somos: seres humanos cargados de afectos, pasiones, miedos y necesidades, poseedores de una compleja arquitectura cognitiva que nos permite ser creativos lingüísticamente, reconocer al otro y, por su intermedio, descubrirnos a nosotros mismos.

Son estas razones las que permiten postular que la creatividad y la alteridad son dos universales del lenguaje (cf. Coseriu 1987, 148-205). Es imposible que una lengua se aparte de ellos. De ocurrir sería cualquier cosa menos lenguaje. Porque si no es posible innovar, ni articular enunciados según los propósitos expresivos de cada cual o según las exigencias pragmáticas del entorno, ni es posible intercambiar contenidos con otros individuos, ni improvisar discursos formales o informales, ni emplear modelos asegurados en la memoria colectiva, ni comprender las espontáneas emisiones de un eventual emisor, entonces no existe comunicación y por tanto no existe lenguaje humano. El carácter universal que aquí se sugiere para la creatividad y para la alteridad implica, al menos, cinco puntos: primero, asumir que son características esenciales a toda lengua, con independencia de los rasgos que diferencian a un sistema gramatical de otro; segundo, reconocer que estos universales no son simples recursos racionales para explicar el funcionamiento del lenguaje, sino conceptos abstraídos de un hecho inherente a toda lengua: una lengua existe porque es hablada y el hablar supone parámetros pero también libertades y la presencia de uno o más individuos con los cuales es posible dialogar; tercero, hacerse cargo de que tanto la creatividad como la alteridad se verifican en el modo cómo se estructura un discurso, es decir, mediante formas concretas, sensibles, empleadas en la elaboración de una estructura lingüística; cuarto, la creatividad es reconocible por comparación entre lo consabido y lo dado, es campo de la subjetividad, mientras que la alteridad sitúa al lenguaje en su natural función comunicativa, intersubjetiva, y, por tanto, en su dimensión social; quinto, la creatividad y la alteridad son universales del lenguaje, sí, pero están enraizados en procesos cognitivos y consideraciones antropológicas válidas para todo individuo, sin importar cuál sea su lengua materna sino tan sólo cómo expresión inherente a su condición de ser humano, de manera que, aunque situados y explicados estos universales en terrenos de la lingüística, su comprensión y su realidad involucran a otras disciplinas, y delimitan un campo fértil para el cultivo de la interdisciplinariedad.

Como sucede con la mayoría de los temas propios de las ciencias humanas, la creatividad y la alteridad nos invitan a recuperar el sentido de las humanidades y nos instan a diluir las fronteras en las que solemos encajonar a nuestras disciplinas, a costa de provocar la reducción y el empobrecimiento de los fenómenos que guían nuestro quehacer; arrojados, muchas veces, en sutiles aparatos metodológicos y en cientos de numeritos invitados a la fiesta. Sin darnos cuenta es una manera de colaborar con el eclipse de las humanidades, que en su sentido más auténtico es el eclipse de lo humano en la sociedad actual. Reuniones como las de hoy, nos curan del pesimismo y nos dicen cuán equivocados están quienes se apuran en escribir los epitafios. “Si no salta la chispa, no hay nada que hacer”, decía I. Calvino.

Bibliografía

- ASSMANN, ALEIDA/Friese, Heidrun (eds.)
 1999 *Identitäten. Erinnerung, Geschichte, Identitäten* 3, Frankfurt a.M: Suhrkamp.
- BÜHLER, Karl
 1934/1985 *Teoría del lenguaje*, Madrid: Alianza Editorial.
- COSERIU, Eugenio
 1978 *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid: Gredos.
 1982 “Sistema, norma y habla”, en: id., *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos, 11-113.
 1987 “Los universales del lenguaje (y los otros)”, en: id., *Gramática, Semántica, Universales*, Madrid: Gredos, 148-205.
- HEIDEGGER, Martin
 1947/2000 *Carta sobre el Humanismo*, Madrid: Alianza Editorial.

OESTERREICH, Wulf

- 1979 *Sprachtheorie und Theorie der Sprachwissenschaft*,
Heidelberg: Carl Winter Universitätsverlag.
- 1999 "Ad-hoc Formulierung als Herausforderung für
Lexicologie und Lexicographie", en: Falkner,
Wolfgang/Schmid, Hans-George (eds.): *Words,
lexemes, concepts - aproaches to the lexicon.
Studies in honor of Leonard Lipka*, Tübingen:
Narr, 69-84.

PIAGET, Jean

- 1967/1999 *La psicología de la inteligencia*, Barcelona: Crí-
tica.

PUTNAM, Hillary

- 1975/1995 *Mind, Language and Reality. Philosophical Papers*
2, Cambridge University Press.

RAIBLE, Wolfgang

- 1998 "Alterität und Identität", *Zeitschrift für
Literaturwissenschaft und Linguistik (Lili)* 110,
7-22.

RASTIER, François

- 1997 "La sémiotique et les recherches cognitives.
Une perspective herméneutique sur la
méditation sémiotique", en: Carapezza, Marco/
Gambarara, Daniele/Lo Piparo, Franco (eds.):
*Linguaggio e cognizione. Atti del XXVIII Con-
gresso della società di linguistica italiana
(Palermo, 27-29 ottobre 1994)*, Roma: Bulzoni,
63-87.

SCHLIEBEN-LANGE, Brigitte

- 1983 *Traditionen des Sprechens. Elemente einer
pragmatischen Sprachgeschichtsschreibung*,
Stuttgart/Berlin/Köln: Kohlhammer.

- 1998 "Die Dialektik von Identität und Alterität",
Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik
(Lili) 110, 41-55.
- STEINER, George
- 1992 *Presencias reales*, Barcelona: Destino.
- 2001 *Gramática de la creación*, Siruela: Madrid.